

LA LITERATURA ESPAÑOLA DEL SIGLO XX: SU TRANSFONDO IDEOLÓGICO Y SOCIAL

Curso del novelista Gonzalo Torrente Ballester

«Hay que reconocer que hoy la sociedad española es mucho más víctima del consumismo de lo que sería deseable, y que los tan esperados frutos de esa libertad intelectual por la que tanto tiempo se ha clamado, o no están todavía maduros o no existen. No dudo que se escriban grandes obras, pero sí de que tengan la respuesta popular y social que tienen, en otros países, obras equivalentes», dijo el novelista y académico Gonzalo Torrente Ballester en el curso que sobre el tema «La literatura española del siglo XX: su trasfondo ideológico y social», ha impartido en la sede de la Fundación Juan March del 21 al 30 de noviembre pasado. A lo largo de sus cuatro lecciones, Torrente trató de «La supervivencia del siglo XIX», «La aparición de los ismos», «La crisis de las vanguardias» y «El mundo de la posguerra». Ofrecemos seguidamente un resumen del curso.



GONZALO TORRENTE BALLESTER nació en El Ferrol (La Coruña), en 1910. Es catedrático de Lengua y Literatura Española y ejerce la docencia en Salamanca. Es, desde 1975, académico de la Real Academia Española. Considerado como uno de los novelistas más importantes en el panorama español actual, Torrente Ballester ha obtenido diversos premios, entre ellos el Nacional de Literatura (1939), Premio «March» de Novela (1959), y el Premio de la Crítica Teatral (1961). De sus obras más conocidas como creador destacan *Don Juan*, *Off-side*, *La saga-fuga de J. B.*, *El Quijote como juego* y su última novela que lleva por título *Fragmentos de Apocalipsis*.

LA SUPERVIVENCIA DEL SIGLO XIX

El trasfondo ideológico y social de la cultura española de nuestro siglo y, concretamente, de su literatura, es una de las claves para comprender el carácter conflictivo y singular de nuestro país, con respecto a otros, y arranca del hecho de que España no contara a su debido tiempo con una clase burguesa que acometiese, cómo y cuándo debía, la tarea ineludible de modernizar el país. Cuando la burguesía de otros países adquirió una fuerza social que se plasmó en una obra política y cultural más avanzada, en España nos fuimos reduciendo poco a poco a una sociedad muy clasista que fue retrasándonos en el tiempo, hasta hacernos perder el camino que siguió la cultura occidental. De esto hay que excluir a la burguesía catalana y a la de algu-

nos otros núcleos provincianos, que llevaron a cabo la salvación y el renacimiento de su lengua y su cultura.

Las novelas de Pérez Galdós, *La Regenta* de Clarín, algunas novelas de Pereda y de la Pardo Bazán nos pueden servir de base para entender cómo era la sociedad española del siglo XIX. Aunque no es lo mismo la sociedad asturiana de *La Regenta* y la gallega de *Los Pazos de Ulloa*, ambas tienen en común la existencia de unos núcleos sociales cuya modernidad se sitúa conflictivamente y es, además, parcial e injustamente vista y juzgada por el resto de la sociedad. En esas zonas provincianas se desconfiaba de estos grupúsculos intelectuales, a los que se tachaba de masones, herejes y republicanos, y que son funda-

mentales para comprender lo que era la vida literaria e intelectual española hacia 1900.

En una situación de notable pobreza intelectual general, con un elevado índice de analfabetismo, sólo esos grupos ilustrados, de más elevada posición social, podían acceder a la cultura francesa, de moda por entonces, gracias a la labor de la Junta de Ampliación de Estudios. Así ocurrió con la generación «novecentista», con Ortega y D'Ors en cabeza, que dio un aire nuevo a la cultura española y sirvió de vehículo transmisor en España de los principales logros de la cultura europea, en todos los campos. Y anteriormente, también los escritores de la Generación del 98 habían despuntado en el panorama de la cultura con una actitud mucho más crítica y hostil que sus predecesores, entre otras razones, porque eran conscientes de una situación histórica determinada —el grave momento que atravesaba España— y por una voluntad de romper violentamente con lo anterior, un defecto, a mi juicio, muy español.

LA APARICION DE LOS «ISMOS»

La burguesía española de los años de la Restauración tenía una conciencia literaria más bien tipográfica, según la mayor calidad y atractivo de la impresión e ilustración del libro. Le faltaba al lector español de entonces la conciencia de la obra maestra de la calidad literaria. Los críticos veían la historia de la literatura como una mera serie de azares mecánicos y una enumeración de obras y autores, tal como lo reflejan los libros de texto que se hacían por entonces. Se solía llamar «modernista» a todo lo que no se entendía. El poeta preferido por entonces era Campoamor, reputado como poeta filosófico y profundo, junto con Zorrilla. Hacia el año 1925 se mantienen en primera fila éste último, Nuñez de Arce y Bécquer, y de esta trilogía conservará el liderazgo el último.

Con la poesía retórica de un Campoamor tenía que contender la vanguardia, y también presentaba cierta

competencia la de los escritores del 98. De hecho, el agotamiento del realismo había incitado a los noventa-yochistas a ensayar nuevas formas. Ni Valle-Inclán, ni Baroja ni Unamuno, en lo que atañe a la narrativa, pueden considerarse en puridad continuadores orgánicos de Galdós, Clarín y otros novelistas de la Restauración. La liquidación de la novela decimonónica va a provocar en España un proceso de cambio que será hostilmente recibido por la crítica literaria y por la sociedad españolas.

Antes de la Guerra del 14, Marinetti lanza en Italia su manifiesto futurista, radical negación del pasado y reivindicación de una cultura nueva, desde la raíz, la cultura del futuro. Pronto este movimiento, que tuvo repercusión en todo el mundo, enlaza con el cubismo y otros movimientos de vanguardia, y empiezan a proliferar en todas partes propuestas estéticas similares. Hoy disponemos de un catálogo de *ismos* con sus respectivos programas estético-sociales. El ultraísmo, que hoy tiene ya un valor histórico, fue la respuesta española al futurismo.

Pero estos movimientos no llegan a calar en la sociedad española, que los desprecia, a pesar de la labor editorial realizada por Ortega y otros escritores mediante la traducción de las obras más importantes de las literaturas extranjeras de entonces. Esa conciencia de calidad ante la obra literaria, que se acentúa, sobre todo, a partir del año 25, sólo alcanzaba a ciertos individuos, a una espuma tenue de la burguesía madrileña, que se erigía en vanguardia, tanto a nivel estético como social.

LA CRISIS DE LAS VANGUARDIAS

Difícilmente se encontrará en la historia moderna de la humanidad un período de mayor esperanza colectiva y de profunda convicción de estar asistiendo al comienzo de un tiempo nuevo, como el periodo que comprende desde el fin de la primera guerra mundial hasta el crack de la Bolsa de Nueva York (1919-1930). Es la década de los felices años veinte, en la que se produce una ruptura ra-

dical con la tradición decimonónica, en la que se ve la vida con un talante alegre y desenfadado, en la que se produce una subversión de la moda femenina, y se aceptan y difunden, se incorporan, incluso, a la vida diaria, las modas estéticas de vanguardia. Hasta en España, país en el que el siglo XIX parece que se resiste aún hoy a desaparecer del todo, se advierte la influencia de la modernidad en las zonas sociales más avanzadas, aunque tal aceptación no está exenta de polémicas y dificultades.

La poesía de vanguardia española constituyó un momento de singular brillantez y calidad dentro del panorama histórico de nuestra poesía. Junto a una poesía más intelectual y exquisita (Guillén, Salinas), convivía otra de inspiración más popular (la presidida por Alberti y Lorca); y entre ambos grupos se situaban otros poetas y escuelas de gran calidad, como Aleixandre o Cernuda. Esa generación poética contó, además, con un equipo de críticos y comentaristas que ni en su conjunto ni en sus individualidades, ha vuelto a repetirse. Puede hablarse, pues, en este período de entreguerras, de una inquietud generalizada intelectual que se manifiesta en una fructífera labor editorial y creativa.

Hacia 1930 sobreviene la crisis que ya Ortega y Gasset había anunciado años antes, y síntoma de la cual era la filosofía existencial incipiente que se impone en Europa. Empiezan a agudizarse los problemas del paro obrero y los escritores se dividen en dos bandos irreconciliables: escritores fascistas y antifascistas. Todo un modo lúdico de concebir el arte y la literatura desaparece, y los escritores empiezan a preocuparse del hombre, de nuevo con un talante grave y dramático.

EL MUNDO DE LA POSGUERRA

La Guerra Civil española trajo unas consecuencias trágicas para nuestra historia, tanto política y socio-económica, como cultural. Se produce la partición en dos bandos de la clase intelectual española, el comienzo del largo exilio para unos o del ostracismo para los que se quedaron, y la orientación de la sociedad hacia unos

propósitos que no se correspondían con la realidad. Sin embargo, debemos esforzarnos por ver con objetividad el conflicto de nuestra guerra, dejar de hablar de nombres concretos y atender más a los grupos, a ciertas actitudes sociales. Así, el hecho de la censura no debe atribuirse a una o más personas ejecutoras, sino a todo un sector muy amplio e influyente de nuestra sociedad que exigía ese comportamiento censor. La sociedad española de posguerra siguió una tradición secular en nuestro país, resumible en la frase «miedo al libro», que podemos rastrear desde el primer tercio del siglo XVI, y que no es sino el resultado de una mentalidad, que se da en ciertas situaciones históricas, y se transmite como sistema de defensa de un sector social, no sólo de intereses, sino sobre todo, como forma de sostener su *pereza mental*.

En la España de 1940 a 1975, a pesar de la rigidez de la censura, se publicaron libros importantes; los escritores sabían cómo engañarla. La censura más funesta fue la que pesó sobre la importación de libros extranjeros, que constituían el vehículo de la cultura en Europa y América. Los libros de Zola, no sólo no entraban en España sino que se habían retirado de las bibliotecas públicas. La situación fue cambiando poco a poco, aunque no fuera más que porque la clase dominante comprendió que el proceso de industrialización, al que abocó necesariamente nuestro país, exigía un cambio en la política popular y cultural. Los mismos intereses de las editoriales fueron la causa de que se abriera la mano a la importación de ciertos libros, vetados hasta entonces, pero con la condición de ser editados en ediciones lujosas y caras, asequibles sólo a una capa social, a la que, naturalmente, no podrían perjudicar.

Al terminar la guerra, cabe citar la labor realizada por un grupo de intelectuales jóvenes, que quisieron tender un puente entre el pasado y el presente: fruto de ello fue la revista *Escorial*, que dirigió Dionisio Ridruejo, cuyo secretario era Marichalar, y en la que escribían Rosales, Lain y Vivanco, entre otros, y que, para lo que podía hacerse entonces, que era muy poco, su labor fue notable.